

Emilia Bea Pérez, *Simone Weil, La memoria de los oprimidos*: Madrid, Editorial Encuentro, 1992.

Emilia Bea expone, en este libro, la evolución y desarrollo del pensamiento de Simone Weil desde un punto de vista diacrónico. Se ayuda, para ello, de abundantes estudios de diversos y reconocidos analistas acerca de las ideas metafísicas, antropológicas y socio-políticas de esta autora, con objeto de esclarecer el sentido y alcance de las mismas.

El libro se divide en tres partes bien diferenciadas que se corresponden con tres épocas de la vida y obra de Simone Weil. La tercera resulta ser la más rica e interesante ya que presenta los pensamientos maduros de la autora articulados en una antropología y una filosofía socio-política que son la expresión sistematizada y enriquecida de sus ideas anteriores.

Dos son las preocupaciones permanentes sobre las que gira su reflexión: una es la preocupación social, centrada en las condiciones infrahumanas biológicas, psicológicas y culturales del proletariado, con el que se funde compartiendo su trabajo y modo de vida. Esta experiencia alumbra en ella la idea del “malheur”, central en su filosofía ya que inspira no sólo sus ideas socio-políticas, sino también gran parte de su antropología, sobre todo en lo que se refiere al tema de la intersubjetividad, de la apertura al otro.

La otra preocupación se deriva de sus fuertes experiencias místicas, de las que surgió toda una metafísica religiosa que constituye el ángulo desde el que nuestra autora lleva a cabo su original lectura de la realidad.

Estas experiencias fundamentan la idea de que es en la dialéctica, en el proceso de conversión del ser en su negación, en la que éste llega a su plenitud y su verdad. La negación se concreta en la negación del poder del ser que está deviniendo. El acontecimiento central, clave para comprender el sentido de lo real, es la autolimitación del poder de Dios en la creación, al dejar un espacio para el desarrollo de lo creado, y que,

posteriormente, se convierte en su negación al asumir la condición del “malheureux”, del desposeído, en la encarnación y la pasión.

Las ideas antropológicas de Simone Weil se enraizan en lo anteriormente dicho. También el hombre encuentra la verdad al renunciar a sí mismo en un proceso de decreación en el que hace desaparecer su individualidad para convertirse en pura transparencia, suspendiendo el pensamiento y dejándolo vacío, disponible y penetrable al objeto, que no se busca, sino que se desea y espera.

Sólo por este proceso de decreación es posible la apertura al otro y, en concreto, la apertura al “malheureux”(permanente preocupación de Simone Weil) por la compasión en el sentido fuerte de la palabra, en la que se supera la tendencia natural a ejercer el propio poder.

En este contexto de apertura al otro se sitúa su filosofía socio-política. Establece una identidad entre justicia y caridad (ya captada por los griegos) en tanto que una y otra consisten en velar para que “no se haga mal a los hombres”. Una verdadera política debe remediar, ante todo, el problema esencial de que muchas de las verdades que salvarían a los seres humanos no son dichas porque “los que podrían decirlas no pueden formularlas.” Dejar la palabra a los olvidados de la historia debe ser el objetivo central.

María José Clavo Sebastián
Universidad de La Rioja